



disputaban y se aborrecían. Los padres reñían á los hijos porque tardaban en crecer y no ganaban dinero; y los hijos se enfadaban con los padres porque no se morían y les dejaban la herencia. Los maridos y las mujeres no se amaban porque el señor y la señora Abejon que daban el tono no podían soportarse. Habiéndose casado por el interés, sin cesar se echaban en cara el origen; ella decía que él era un plebeyo y él respon-

dia que ella era una becada con ínfulas de nobleza. A veces pasaban á palabras mayores: el esposo la acusaba de avaricia y ella llamaba ladrón á su señor y amo.

Garbullo no asistía á estas contiendas domésticas y no comprendía por qué en un país tan rico y floreciente había tantos descontentos. Lo que es él habría podido ser dichoso, pues sus padres enriquecidos ya, habían dejado de atormentarle y el señor Abejon tenía tantas ocupaciones que no le hacía ningún caso.

Pero el pobre Garbullo andaba muy triste sin saber por qué y se aburría viviendo siempre solo; no tenía amigos de su edad porque los demás muchachos le envidiaban la riqueza por consejo de sus padres; no le enseñaban las cosas que le habría gustado aprender y aunque el señor Abejon le colmaba de regalos y le rodeaba de costosos placeres, le miraba con una indiferencia muy marcada. Por lo demás, no demostraba ni estimación ni desprecio hacia nadie, y un día que Garbullo le avisó diciéndole que el ayuda de cámara le robaba, él contestó á Garbullo: « Esté muy bien; no hace más que su oficio. »

Finalmente cuando Garbullo cumplió quince años, el señor Abejon le tomó del brazo y le dijo: « Amiguito, serás mi heredero, porque los destinos han decretado



que no tendré hijos de mi último matrimonio. Lo sabía y por eso me casé sin temor de causarte perjuicio; serás pues, riquísimo, ya lo eres, en razón á que te pertenece todo lo que poseo. Pero á mi muerte te verás en grandes apuros, habrás de sostener muchos combates para conservar tus bienes porque la familia de mi mujer me odia y si hoy no me hace la guerra es por el temor que la inspiro. La raza entera de las abejas conspira contra mí y sólo espera una ocasión propicia para caer sobre mis haciendas y recobrar todo lo que supone que la pertenece. Es hora pues de que te confie mis secretos, á fin de que la habilidad te sirva contra la fuerza, cuando yo no esté á tu lado. Ven conmigo. »



Y sobre esto el señor Abejon tomó asiento en su carroza con Garbullo y mandó al cochero que se encaminara á la encrucijada del Abejon. Llegados junto á la encina el amo despidió el coche y tomando de la mano á Garbullo, le hizo sentar sobre las raíces del árbol y le dijo :

« ¿Has comido alguna vez de estas bellotas?

— Sí, respondió Garbullo, porque sé que son buenas en tanto que las demas que se hallan en la selva son amargas y propias para los cerdos.

— En ese caso estás más adelantado de lo que piensas. Mira, ya que te gustan, come de esas bellotas. »

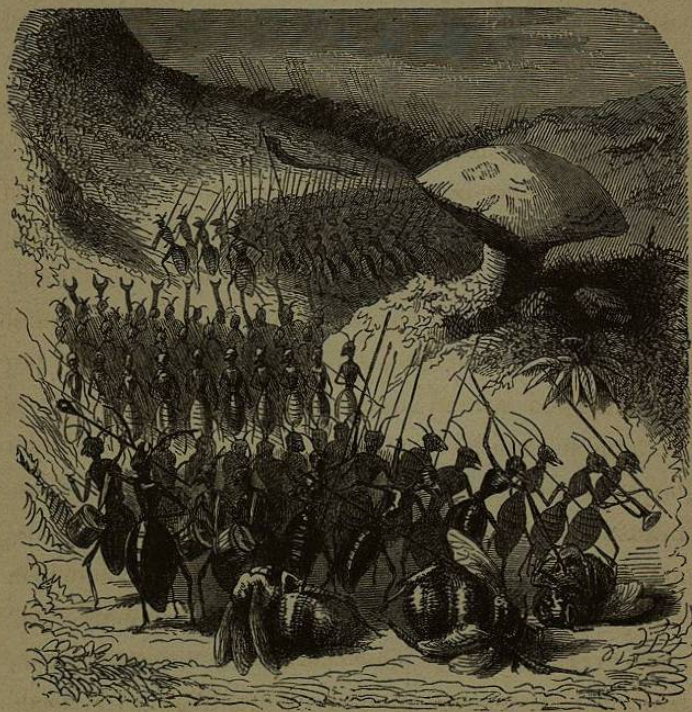
Garbullo las comió con alegría porque le recordaban su infancia; pero inmediatamente sintió que se dormía con pesadez y le pareció que veía y oía al señor Abejon como en un sueño.

Vió pues, que el señor Abejon pegaba en la corteza de la encina que se abría, y por la abertura descubrió Garbullo en el interior del árbol una hermosa colmena llena de abejas y de dorados panales; las abejas estaban en sus celdillas limpias y succulentas, como cada una en su casa. Sin embargo, se oían vocecillas que charlaban en los cuartitos diciendo : *Reunamos, reunamos; — guardemos, guardemos; — nequemos, neque-*



mos; — *piquemos, piquemos*. Pero una voz más alta hizo callar á todas gritando del fondo de la colmena : *Callad, callad, que viene el enemigo*.

Entónces el señor Abejon comenzó á zumbar trepando por el árbol y pegaba con el ala y la pata en la celdilla de la reina que se fortificaba y corria los cerro-



jos. El señor Abejon soltó un vozarron sonoro como una trompa de caza y al punto aparecieron miles, millones y millones de millones de zánganos, abejones y de avispas que oscurecieron el cielo como una nube y luego se precipitaron como un terrible ejército sobre la colmena. Las abejas se decidieron á salir para defenderse y Garbullo pudo asistir á un furioso combate en el que cada cual trataba de picar con el aguijon á su enemigo, si no podia comerle la cabeza. La pelea acabó de ser horrible cuando de las ramas de la encina bajó otro ejército que sin tomar partido en la contienda, se proponia matar al acaso para llevarse y devorar los cadáveres. Era toda una república de hormigones que tenia su capital á corta distancia y que habia ido á tomar el fresco sobre las hojas, para chupar en tanto la miel que corria de la colmena, pues las hormigas son tan aficionadas á la miel como los mismos zánganos. Cada vez que un insecto herido caia de espalda, ó rodaba en las convulsiones de la ira y de la agonía, veinte hormigas acudian á él, le picaban, le destrozaban y despues de haberle dado muerte á fuego lento, llamaban á veinte compañeras que llevaban al hormiguero aquel cadáver. En medio de aquel desórden la miel que chorreaba por las puertas rotas de las celdillas, paralizó de



tal modo á los combatientes y á los ladrones, que muchos perecieron ahogados en la melosa laguna, ó atravesados por sus enemigos de los que no podían defen-



derse. Por fin los zánganos se quedaron dueños del campo de batalla y entónces comenzó una orgía de las más repugnantes. Los vencedores atracándose de miel en medio de las víctimas y pisoteando cadáveres de familias enteras, se embriagaban de una manera tan indecente que muchos reventaron de indigestion y rodaron confundidos con los muertos y los moribundos.

En cuanto al señor Abejon á quien habian entregado las llaves de la colmena en una bandeja de plata,

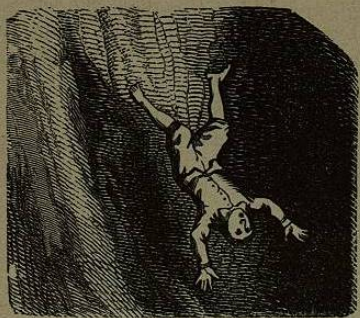


se echó á reir del modo más odioso y asiendo á Garbullo del pescuezo, le dijo : « Vaya, holgazan, menéate y aprovecha la ocasion que por tí se ha hecho toda esa matanza. Atrácate, roba y mata, pronto, pronto. »

Y le lanzó al fondo de la colmena que se habia convertido en un lago de sangre. Garbullo se agitó para salir de allí y rodando á lo largo de la encina fué á caer en la capital de las hormigas donde al instante mismo sintió sobre su cuerpo treinta millones de pares de tenacillas que le pellizcaban tan atrocemente que se



despertó lanzando un grito muy agudo. Mas cuando abrió los ojos nada de lo que vió era extraordinario :



la encina se habia vuelto á cerrar, el hormiguero habia desaparecido, algunas abejas revoloteaban discretamente sin meterse con nadie, algunos zánganos bebían las gotitas de agua que el arroyo hacia saltar sobre las yerbas de las márgenes y el señor Abejon tan tranquilo como de costumbre miraba á Garbullo sonriéndose.

« ¿Qué hay señor dormilon? le dijo; ¿así tomas tus lecciones? ¿Conque te abandonas al sueño mientras yo te explico las leyes de la naturaleza? »

— Os pido mil perdones, respondió Garbullo sobrecogido de horror todavía. No celebro haber dormido, pues he tenido sueños abominables.

— Está bien, está bien, replicó el señor Abejon, es

menester acostumbrarse á todas las cosas. ¿En qué estábamos?

— A la verdad, no me acuerdo, dijo Garbullo; pareceme que me mandabais matar, robar y atracarme.

— Algo como eso era, repuso el señor Abejon; te explicaba la historia natural de los zánganos y de las abejas. Te decia que las abejas trabajan para ellas, que son muy hábiles, muy activas, muy ricas y muy avaras; en tanto que los zánganos ni trabajan tan bien ni saben hacer miel; pero poseen el talento especial de saber apoderarse de lo ajeno. Tampoco son tontas las hormigas que se edifican ciudades asombrosas; pero las llenan de cadáveres para alimentarse en el invierno y no hay nacion más rapaz ni más unida para hacer daño á las otras naciones. Esto quiere decir que en el mundo hay que ser ladrón ó robado; asesino ó asesinado; tirano ó siervo. A tí te toca elegir: ¿quieres conservar como las abejas, reunir tesoros como las hormigas ó robar como los zánganos? Lo más seguro, á mi juicio, es dejar trabajar á los aficionados, y entre tanto, robar, robar, hijo mio, empleando para ello la fuerza ó la destreza; es el único medio de alcanzar la dicha en este mundo. Los avaros reunen lentamente y gozan poco de lo que poseen; los ladrones son siempre ricos aún cuando gasten, pues así



que han devorado mucho vuelven á las andadas y como hay siempre trabajadores económicos, siempre es posible enriquecerse á sus expensas. Ahí tienes, amiguito, el resumen de toda la ciencia, elige, y si quieres ser zángano entrarás en el círculo de los mágicos al que yo pertenezco.

— ¿Y qué me sucederá cuando sea mágico? preguntó Garbullo.

— Sabrás apoderarte de lo ajeno, respondió el señor Abejon.

— ¿Qué debo hacer para eso?

— Prestarás juramento de renunciar á toda compasion y á esa especie de virtud que llaman probidad.

— ¿Todos los mágicos hacen ese juramento? preguntó Garbullo.

— Algunos juran lo contrario, contestó el señor Abejon, y se comprometen á servir, proteger y amar á todo lo que respira; pero esos son mentecatos que por vanidad toman el título de genios benéficos y no tienen ningun poder en la tierra. Viven en las flores, en los arroyos, en los desiertos, en los peñascos y los hombres no les obedecen; ni áun siquiera los conocen y por tanto son pobres genios que se alimentan de aire y rocío teniendo un cerebro tan vacío como su estómago.

— Pues señor Abejon, replicó Garbullo, no habeis logrado darme entendimiento porque yo prefiero esos



últimos al vuestro y me niego á aprender la ciencia que consiste en matar y robar. Os doy muchísimas gracias por vuestras buenas intenciones y os pido permiso para volver á casa de mis padres.

— ¡Necio! exclamó el señor Abejon, tus padres son zánganos que han olvidado su origen, aunque conservan todos los instintos y hábitos propios de la raza. Si ántes te castigaban porque no sabias robar, te van á matar ahora que no puedes saberlo y que te niegas á que te lo enseñen.



— En ese caso me iré á los desiertos que decís, donde viven los genios benéficos, contestó Garbullo.

— Amiguito, no irás, respondió el señor Abejon con voz terrible y moviendo encolerizado sus ojos que parecían dos ascuas; tengo mis razones para no dejarte marchar y te haré tantas picaduras que te quedarás ahí por muerto si me resistes. »

Y habiendo hablado así el señor Abejon, extendió sus alas y recobrando su forma de horrible insecto, se lanzó sobre el pobre Garbullo que echó á correr á escape. Durante un rato pudo defenderse apartándole con su



sombrero; y al fin viéndose á punto de ser devorado, perdió la cabeza y se precipitó en el arroyo bajando á nado su corriente con gran velocidad; pero á cada instante el infame insecto se arrojaba á sus ojos para dejarle tuerto, y el muchacho tenía que meter la cabeza en el agua á riesgo de morir ahogado. Viéndose perdido exclamó :

« Socorredme, genios benéficos, no consentais que se apodere de mí ese malvado. »

En el mismo instante salió de una mata de flores silvestres una bellísima mariposa de alas azules, que acercándose á Garbullo, le dijo :

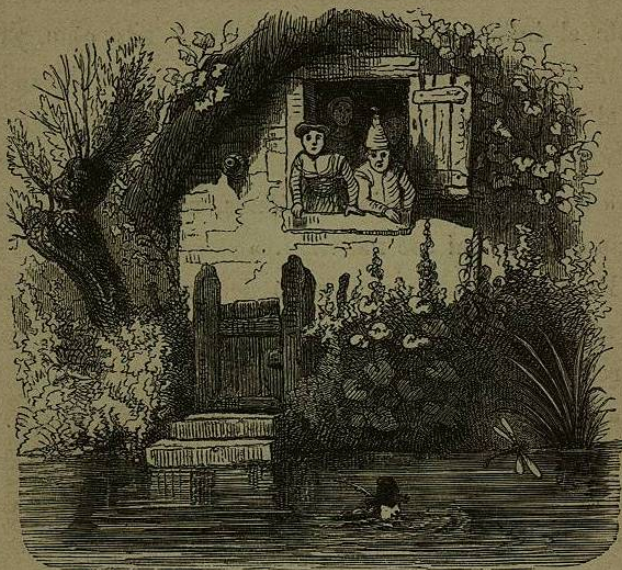
« Sigueme, continúa nadando y no tengas miedo. »

La mariposa echó á volar delante de él y seguidamente se desencadenó un terrible aguacero que molestaba mucho al señor Abejon porque no sabía volar con una lluvia tan fuerte. La mariposa se reía de su apuro y continuaba adelante. El arroyo crecía y arrastraba á Garbullo que ya no tenía fuerzas para nadar. El señor Abejon trató de asir su presa; pero la lluvia que caía en gotas enormes le sumergió en el arroyo. Sin embargo, se libró como pudo, á nado, y saltó á las yerbas de la orilla, donde le perdió de vista Garbullo.

Y entre tanto el muchacho seguía adelante guiado



por la mariposa hasta que acertó á pasar al frente de la casa de su padre, donde vió á la ventana á sus herma-



nos y hermanas, riéndose de él porque creían que iba á morir ahogado. Garbullo quiso detenerse á saludar pero la mariposa se lo prohibió y le dijo :

« Sígueme, si me abandonas estás perdido.

— Gracias, señora mariposa, respondió Garbullo, os obedeceré en todo y por todo. »

Y soltando el árbol que había asido para deteneres,

continuó nadando con velocidad suma, pues el arroyo se había convertido en torrente y corría como una flecha. Cuando hubo dejado atrás la casa y el huerto de sus padres, Garbullo oyó á sus hermanos y hermanas que se burlaban de él gritando con toda la fuerza de sus pulmones : *Astuto como Garbullo que se arroja al agua por temor de la lluvia.*

